

PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA INMIGRACION

IGNACIO VELAZQUEZ RIVERA
Presidente de la Ciudad Autónoma de Melilla

EL problema de la inmigración en Europa no es una cuestión nueva. Los países de la Europa del Norte poseen una vieja tradición en esta materia. En estos países la población inmigrante alcanza una cifra importante y su permanencia ha obligado a los poderes públicos a superar la fase de resoluciones de problemas a corto plazo y elaborar programas que permitan resolverlos a tiempo, con objeto de llevar a cabo una política de inmigración más coherente.

Los países de la Europa del Norte están comprometidos, en la aplicación de estos programas a largo plazo, desde hace aproximadamente doce años y teniendo como último objetivo facilitar la nacionalidad del país de acogida.

La situación en las regiones de la cuenca mediterránea es radicalmente distinta.

De partida, estos territorios han padecido un proceso de disgregación en su crecimiento económico y de retraso en la dotación de infraestructuras adecuadas para la competitividad, todo ello producto de la excesiva continentalización del desarrollo europeo e incrementado por la ampliación de la Unión al Norte y al Este.

Ante este panorama de evidente desigualdad, el problema de la emigración, sobrevenido durante los últimos años a los países de la cuenca sur, está contribuyendo a un deterioro progresivo de los sistemas productivos de estas zonas limítrofes las cuales son incapaces de atender esta nueva y acuciante demanda social.

Todo ello se ha agravado por la inexistencia de una política conjunta y global de la Unión Europea, quien, hasta ahora, se ha limitado a teorizar sobre el problema, relegando al ámbi-

to de los países miembros las políticas sociales y asistenciales precisas para atender el creciente flujo migratorio.

Esta carencia de política unitaria en materia social para la inmigración está contribuyendo a mantener los desequilibrios económicos existentes desde el punto de vista territorial, fortaleciendo la desigualdad de oportunidades para participar plenamente en la producción de la riqueza común.

Si comparamos los dos bloques, Norte y Sur, la inmigración se encuentra en un estado de desarrollo distinto.

Mientras que en el Norte no hay política de integración sin política de protección social, y se trata a los inmigrantes bajo los mismos principios de igualdad que los ciudadanos nacionalizados, en el Sur se empieza solamente a sentar las bases para una política social, constituida por derechos específicos y adaptada a cada situación concreta.

Mientras que en el Norte la mano de obra procedente de la inmigración pudo ser absorbida por una sociedad potentemente industrializada y competitiva, en el Sur la demanda laboral generada por el fenómeno migratorio es imposible de ser atendida por un mercado poco industrializado y escasamente articulado, convirtiéndose en una enorme y peligrosa carga que engrosa la tasa de desempleo.

A diferencia de los países del Norte, en el Sur el acceso al empleo y la salida de la clandestinidad constituyen las etapas obligadas para el inicio del reconocimiento social.

Así como en el Norte el flujo migratorio, en el plano económico, social y laboral, suele ser homogéneo, en el Sur reviste un carácter muy diverso de gran heterogeneidad.

Por otra parte, frente a la semejanza en la política social de los países del Norte, el bloque del Sur presenta una amplia divergencia. Si bien algunos países empiezan a impulsar políticas de apoyo a la población inmigrante, otros no se encuentran todavía en esta fase y la condenan a una clandestinidad forzada.

Así como en España e Italia, últimamente, se han impulsado campañas de regularización de los inmigrantes, tanto en el aspecto social como jurídico, en otros países como Grecia y Portugal se produce un rechazo de

los inmigrantes en tanto son percibidos como una población en vías de instalarse.

Planteada la cuestión, queda de manifiesto que la inmigración es un fenómeno constatable, palmario y que ha empezado a afectar, afecta y afectará a las regiones de la frontera sur de Europa.

Ante esta perspectiva la Unión Europea debe ser consciente de que no se trata de un problema coyuntural ni esporádico, sino estructural y cronificado, y que no es un problema circunscrito ni exclusivo de las regiones periféricas fronterizas, ni siquiera un problema exclusivamente nacional, sino Europeo, de su estabilidad social y de su integridad fronteriza.

Por ello, tanto la Unión Europea como sus Estados miembros deben afrontar dos retos ineludibles:

- * Controlar las nuevas oleadas migratorias.
- * Integrar a los inmigrantes establecidos.

SITUACION ACTUAL: SUS CAUSAS

El primer condicionante que precisa la resolución de un problema es la toma en consideración de la existencia del mismo. Quizá uno de los principales inconvenientes que ha tenido España en este asunto ha sido la falta de conciencia de que estábamos ante una cuestión irreversible y perdurable en el tiempo.

El flujo migratorio de centroafricanos, subsaharianos o magrebíes, sobre la frontera sur de Europa, Ceuta y Melilla, se agudiza en los primeros años de la década de los noventa. En concreto en Melilla, la primera aparición de subsaharianos se produce en 1992, sucediéndose sin solución de continuidad desde entonces hasta hoy.

Varias son las causas que precipitan este fenómeno: las tremendas y patéticas condiciones de vida que padecen en sus territorios, las despiadadas guerras tribales, la feroz aparición de la intransigencia fundamentalista, la escasez de agua, el bajo crecimiento económico, pueden ser las de mayor peso.

Si a todo ello le añadimos la creciente globalización de las comunicaciones que ha servido para que el sistema político y económico

occidental se expusiera al resto del mundo como único camino hacia la riqueza, el bienestar, la igualdad y la justicia; unido a que la propaganda económica, política y cultural difundida por el modelo occidental ha creado una imagen desmesurada de una sociedad de consumo y de un estilo de vida que a su vez ha producido un espejismo en los países subdesarrollados.

Era previsible que un número cada vez mayor de inmigrantes buscara en la supresión de fronteras internas una respuesta a sus problemas, e intentara llegar a toda costa a esos países europeos que aparecían ante ellos como un nuevo El Dorado.

Además de los centroafricanos, en la ciudad de Melilla hay que distinguir otro tipo de inmigrante bien diferenciado: los asentados bajo la Ley de Extranjería, es decir, con su situación regularizada ya sea con Tarjeta de Estadística o con la Tarjeta Comunitaria.

Actualmente en esta situación se encuentran 4.458 personas, de las que un 96 por 100 son de origen marroquí. La mayoría, por no decir todos, son inmigrantes de tipo económico.

En cuanto al número de subsaharianos, la cifra es de una variabilidad constante. Si en febrero del presente año un informe, elaborado por el Área de la Subdirección General de Promoción Social de la Migración, fijaba en 326 el número de centroafricanos y en 37 el de argelinos, la realidad hoy es de 507 centroafricanos y 106 argelinos.

Los países de procedencia son muy diversos, si bien un alto porcentaje proceden de Mali, Nigeria, República Democrática del Congo y Senegal. Encontrándose en la actualidad algunos originarios de Banglades, Irak, Camerún, Sri Lanka, Sierra Leona, Guinea Conakri y Ghana.

Hay un último factor que ha ayudado a propiciar el creciente flujo migratorio del Sur hacia el Norte. Un factor, a diferencia de los anteriores, ajeno a cualquier condicionante humanitario. Un factor tan espurio como explotador. Me refiero a la existencia de mafias organizadas, otrora dedicadas al tráfico de drogas, y que en estos momentos están comerciando y explotando las urgencias de

estos inmigrantes para, a través de una fuerte cantidad de dinero, conducirles desde sus lugares de origen, atravesar Marruecos, hasta llegar a las dos primeras ciudades del sueño europeo: Ceuta y Melilla.

Aprovechándose de los habituales y conocidos agujeros fronterizos y de vigilancia que separan a España de Marruecos.

IMPACTO SOCIAL DE LA INMIGRACION

Es innegable que este sobrevenido fenómeno está suponiendo un cierto impacto en la sociedad española en general y en las de Ceuta y Melilla en particular.

Los últimos estudios sociológicos apuntan a una creciente y preocupante actitud xenófoba por parte de la sociedad española ante el emigrante. Entendiendo por xenofobia no simplemente el desprecio por el extranjero, sino la cautela del que convive cerca y representa, supuesta e imaginativamente, un elemento potencial de desorden o de amenaza.

En el libro del sociólogo Amando de Miguel, "La sociedad Española 1993-1994", se reseña que el español tiene una peligrosa tendencia a la conexión entre inmigrante y delincuente, así como un cierto rechazo a vivir próximo a ese colectivo.

Dice De Miguel que el prejuicio xenófobo se alza conforme se baja de posición social o educativa, y éste sería una manifestación defensiva de los grupos sociales más débiles y conservadores, los que temen que van a perder con una sociedad más compleja.

Es curioso que el señuelo y la panacea de la sociedad occidental, al atraer un mayor número de emigrantes, hayan aportado como enfermedad sobrevenida una renacida y repudiable xenofobia en los países europeos, llevando a nuestra sociedad a una terrible contradicción:

Una sociedad que basa sus valores políticos en la defensa de los derechos humanos es incapaz de controlar o eliminar los reflejos xenófobos que se producen dentro de sus fronteras.

En contraposición, este sentimiento no se atisba en la sociedad melillense, quizá más

acostumbrada a una relación pluriétnica y multicultural. Mientras en la península el porcentaje de extranjeros residentes apenas alcanza el 1 por 100, en Melilla se eleva al 7,6 por 100.

Los problemas que ocasiona la emigración en este territorio son de otra índole:

El primer inconveniente con el que nos encontramos es el económico. Hasta este instante, todos los gastos de manutención, alojamiento, atención sanitaria y prestaciones sociales han corrido a cargo de la hacienda local. Algo más de 100 millones anuales.

Siendo este capítulo de envergadura no es el más importante, otros, como el conflicto social que ocasiona un nutrido grupo de personas desarraigado que no quiere permanecer en un territorio de reducidas dimensiones que no colma sus aspiraciones, o la progresiva dilución cultural como consecuencia de la emigración autóctona y la inmigración creciente, son tan trascendentes como el primero.

Melilla es, probablemente, la única ciudad europea que mantenga frontera terrestre, marítima y aérea con terceros países, y para los emigrantes se está convirtiendo en el último baluarte a asaltar antes de conquistar la fortaleza de Europa.

Esta ingrata tarea de centinela del viejo continente la está desempeñando la ciudad casi en solitario, lo que está ocasionando una traba más para nuestro crecimiento armónico y homogéneo con el resto de las regiones europeas que permanecen, felizmente, ajenas a este problema tan suyo como nuestro.

PERSPECTIVAS Y SOLUCIONES

Sentado el diagnóstico, urge plantear una serie de medidas terapéuticas que traten de paliar este fenómeno de fin de siglo.

Decíamos antes que dos eran los retos ineludibles que la Unión Europea debe afrontar:

- Controlar las nuevas oleadas migratorias.
- Integrar a los inmigrantes establecidos.

Y digo que debe ser Europa la que afronte este reto, porque, aunque las consecuencias

se experimenten desde un ámbito local, el problema trasciende de nuestras fronteras para convertirse, no ya en nacional, sino en continental.

La contención de las nuevas oleadas no pasa tanto por levantar una pantalla de separación y olvido entre los dos continentes como por una eficaz política de cooperación entre ambos lados del mar Mediterráneo.

Somos conscientes que la realidad actual hace imposible, tanto política como materialmente, una eficaz impermeabilización de la frontera sur de Europa. Aunque siempre se podría, y debería, hacer un esfuerzo superior en una mayor dotación de cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado en el perímetro fronterizo, como una ostensible mejora de los medios técnicos antiintrusión.

No siendo nuestra intención el que nuestra ciudad sea una profunda zanja entre el continente africano y el europeo, la solución debería pasar por la ineludible ayuda de los países ricos a los pobres para que gradualmente vayan desapareciendo las circunstancias socioeconómicas que impelen a su población a emigrar.

En resumen, se trata de poner en práctica el espíritu emanado de la última Conferencia Euromediterránea de Barcelona: "Si no queremos importar inestabilidad social, habrá que exportar estabilidad económica".

Pero también habrá que tener en consideración que esa política de cooperación y esos acuerdos preferenciales con los países extracomunitarios del área mediterránea, necesarios para frenar la inmigración, no deben dañar más la economía de la periferia europea. Al contrario, las regiones de la cornisa sur de Europa deben servir de puente y cauce para esta nueva orientación de la política europea.

El programa MEDA, puesto en marcha por la Unión Europea recientemente, puede ser un buen instrumento para este fin, siempre que se sepa canalizar las ayudas a los países africanos.

En relación al segundo reto, en el seno de la CRPM se ha creado un interesante grupo de trabajo con la finalidad de estudiar el problema de la inmigración, su repercusión local

y la elaboración de propuestas para ser elevadas a la Unión Europea.

La primera reunión del grupo tuvo lugar en Melilla los días 17 y 18 de marzo pasado. Y ha tenido en consideración las siguientes recomendaciones:

- El fenómeno de la inmigración no debe ser dramatizado y debe ser posicionado desde la perspectiva de los ciclos demográficos seculares.
- Los emigrantes no son únicamente datos estadísticos, sino personas y, sobre todo, sujetos de derechos.
- Los flujos migratorios no sólo tienen efectos negativos, sino, igualmente, positivos sobre el mercado de trabajo en los países industrializados y, especialmente, sobre la conformación de una sociedad europea abierta y tolerante.
- Los flujos migratorios no están controlados ni reglamentados de forma adecuada, pues las legislaciones nacionales son diferentes. No hay una consideración adecuada de sus efectos prácticos sobre los sistemas sociales y económicos de las regiones europeas, y, particularmente, de las zonas más débiles y fronterizas.

Teniendo en cuenta estos antecedentes el Grupo decidió elevar, como iniciales propuestas, ante la Unión Europea una serie de prioridades que no podían ser retrasadas:

1º Pedir a la Unión Europea la puesta en marcha de un programa para el estudio de los flujos y problemas migratorios a nivel nacional y local y para un cambio de experiencias. Para ello se solicita que el programa Medmigrations sea refinanciado lo más pronto posible.

2º Pedir a la Unión Europea se comprometa a un reconocimiento de las necesidades que los movimientos migratorios crean a las colectividades regionales y locales.

3º Solicitar la concesión de programas cofinanciados con la Unión Europea y los Estados, y administrados por las regiones y los poderes locales, para favorecer la integración de los emigrantes.

4º Pedir a la Unión Europea que, en el marco de una política migratoria, sea reconocida una prioridad a estas regiones, estudiando la posibilidad de una acción preferente para aquéllas.

Como verán se trata de propuestas que buscan por una parte paliar la incapacidad de estos territorios fronterizos para integrar a este colectivo en su debilitado tejido social y, por otra parte, solicitan compartir el gasto que ocasiona la estancia de los centroafricanos.

Si bien es cierto que el Gobierno español confeccionó un programa especial de acogida y acceso al empleo para inmigrantes subsaharianos en las ciudades de Ceuta y Melilla, éste carece en la actualidad de partida presupuestaria propia, lo que conlleva una importante dificultad en su aplicación.

Por otra parte, según se nos informó recientemente en Bruselas en la DG XVI, en la próxima reunión intergubernamental de Amsterdam, allá en junio, la Unión Europea tiene intención de crear, por fin, un programa específico para ayudar a los territorios con problemas de inmigración, así como facilitar la integración de los inmigrantes.

Es patente que estamos ante un conflicto que nos concierne a todos.

Por tanto, entre todos debemos encontrar una política común sin atisbos racistas.

Una política unitaria que evite la marginalidad y la explotación del emigrante.

Una política sostenida de la Unión Europea que evite incrementar las desigualdades territoriales.

Una política de colaboración con la otra orilla del Estrecho que palie las enormes diferencias existentes.

Una política de verdadera integración en los ámbitos del empleo, la educación, la formación y la vivienda; que disipe para siempre el sofisma que une la imagen del emigrante a la de un potencial enemigo sociolaboral.

Decía Pío Baroja: "Triste país donde en la mirada de un hombre que pasa vemos la mirada de un enemigo".

Parafraseándolo, bien podríamos apuntar: "Triste Europa donde en la mirada de un inmigrante que pasa vemos la mirada de un enemigo".